

“COMUNICAMOS PARA LA VIDA”. GÉNERO Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN INDÍGENAS EN BOLIVIA¹

BEATRIZ PÉREZ GALÁN
(UNED)

“Pienso que la comunicación indígena es una herramienta para descolonizar, despatriarcalizar. Nosotras, desde nuestro punto de vista como mujeres, podemos aportar mucho más a descolonizar mentes y más que todo a educar. Nosotras tenemos otra forma, otra vivencia, otra forma de mirar ¿cómo le digo?, desde nuestra misma cultura, desde nuestros mismos principios y valores que son distintos, que no son del mundo de occidente sino de nosotros (...). La comunicación es fundamental para todas las mujeres porque nos sentimos con voz y sentimos que nos están escuchando. Y eso nos llena de mucha alegría a nosotras como mujeres, ver esa posibilidad que todas estamos trabajando para liberar y descolonizar la comunicación indígena” (Sandra Cossio).

-
1. El material y los extractos de entrevistas que se reproducen en este texto proceden del trabajo de campo etnográfico realizado en el marco del proyecto de investigación “Pueblos indígenas, medios de comunicación y significados del conflicto en América Latina. Un estudio de antropología” (2016-2018). Agradezco a Jesús González Pazos, María García-Cano, Manuel Chaparro y Francisco Sánchez sus valiosas aportaciones a la versión preliminar. Y, de forma muy especial, a todas las comunicadoras indígenas de Bolivia cuyos relatos nutren las siguientes páginas.

Sandra es comunicadora, *videasta* y *radialista* quechua de Bolivia, y activista por los derechos de las mujeres indígenas. Ha sido directora de la Coordinadora Audiovisual Indígena de Bolivia (CAIB) y es miembro de la Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia Bartolina Sisa. Sandra comparte con otras muchas comunicadoras de América Latina experiencias de discriminación, racismo y desigualdad, entreteljadas con aspiraciones, sueños e historias individuales, que se reflejan en sus formas de practicar y entender la comunicación indígena, sobre las que versa este capítulo.

En América Latina la comunicación indígena (en adelante, CI) comprende de forma amplia todos aquellos medios con fines de servicio público que emiten una parte sustancial de su programación en lenguas originarias y cuentan con la participación de población indígena —hombres y mujeres— en todas las fases del proceso comunicativo. A diferencia de los medios masivos, los objetivos de este sector de la comunicación comunitaria donde se ubican los medios indígenas están orientados a promover el desarrollo social, la diversidad cultural, la pluralidad de información y los derechos de estos pueblos. Entre ellos, destaca el derecho a contar con medios propios y a acceder al resto en igualdad de condiciones².

Si bien las primeras experiencias de medios indígenas y campesinos datan de los años cuarenta y cincuenta del siglo xx, la inclusión del derecho a la comunicación en la agenda del movimiento indígena y su internacionalización es reciente. Proviene de la IV Cumbre de Pueblos y Nacionalidades Indígenas de Abya Yala (Puno, 2009) y se asienta en la última década a través de la celebración de cuatro encuentros continentales de CI (Colombia, 2010; México, 2013; Bolivia, 2016 y Perú, 2019), festivales de cine y vídeo indígena y otros foros a nivel nacional e internacional apoyados por movimientos sociales, agencias y organizaciones de cooperación al desarrollo (CLACPI *et al.*, 2020). En la actualidad, algunos de los medios y procesos de comunicación indígena con mayor repercusión a nivel internacional son liderados por

2. Los instrumentos legales más significativos a nivel internacional para el reconocimiento del derecho a la comunicación en el caso de los pueblos indígenas son el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo de 1989 (art. 30) y la Declaración de Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos indígenas de 2007 (artículo 16.1).

mujeres³. Este liderazgo contrasta sin embargo con la escasa representación de comunicadoras indígenas que encontramos en los medios de comunicación a nivel local, regional y nacional, y confirmaría, como señalan Hernández y Canessa (2012: 17), que la existencia de unas pocas mujeres convertidas en iconos internacionales de la defensa de los derechos de estos pueblos a menudo oculta la marginación y la exclusión que experimentan la mayoría. A pesar de los avances realizados en la participación de mujeres rurales indígenas en América Latina (H. Asensio y Trivelli, 2014), en la CI persisten las desigualdades entrecruzadas por razón de género, lugar de residencia, formación, pobreza y origen étnico-cultural, obligándonos a repensar este ámbito desde perspectivas analíticas que incluyan además las relaciones de poder que atraviesan a los pueblos indígenas. Para contribuir a ese debate en las siguientes páginas reflexiono sobre el papel diferencial que ocupan las mujeres indígenas que trabajan en este sector de la comunicación a partir de dos preguntas generales y complementarias: ¿qué hace la CI a estas mujeres? y ¿qué hacen estas mujeres a la CI?

Una revisión de la literatura sobre pueblos indígenas y medios de comunicación en América Latina revela tres abordajes principales desde los cuales se ha interpretado la CI: como un acto político de auto-representación y visibilización de culturas que refleja diferentes lógicas indígenas de producción, reproducción y consumo cultural (Mora, 2015); como el ejercicio de un derecho fundamental de estos pueblos que debe ser reconocido e implementado por los Estados en el marco de las políticas de reconocimiento (Sudario, 2013; CLACPI *et al.*, 2020); y como una plataforma de resistencia política, descolonización y activismo mediático que se entreteje con la lucha por el territorio, la autonomía, la participación política y el fortalecimiento de las identidades culturales (Salazar, 2002).

-
3. Destacan los casos de: el Tejido ACIN (Cauca, Colombia), la Escuela de Comunicación Wayúu (Guajira colombo-venezolana), la organización indígena Yanama (también en la Guajira), la Red de Comunicadores Indígenas del Perú (REDCIP), la Corporación de Productores Audiovisuales de Pueblos y Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CORPAN), la Coordinadora Audiovisual Indígena de Bolivia (CAIB), la red T'zikin (Guatemala), el Centro de Mujeres Comunicadoras Mayas NUTZIJ, AMCMN (Guatemala) y NOTIMIA, la primera agencia de mujeres comunicadoras a nivel continental con sede en México. Por su parte, los festivales de cine FicMayab (Guatemala) y FicWallmapu (Chile), también son actualmente dirigidos por mujeres.

Mientras que los tres enfoques enfatizan en mayor o menor medida los usos políticos de la CI desde la diferencia cultural, adolecen de una perspectiva de género. Tampoco el enfoque descolonial y del feminismo indígena, estudiado por Hernández (2010), en su esfuerzo por producir un cambio epistemológico y recuperar una comunidad diversa, autonarrada que incluya nuevos temas, presta especial atención al ámbito de la CI. Dos elementos a mi modo de ver atraviesan este desencuentro. En primer lugar, el tratamiento marginal dispensado a la equidad de género, y más concretamente a los derechos de las comunicadoras, en la agenda de las cumbres continentales de CI⁴. Un tema que es percibido por la mayoría de los asistentes —tanto hombres como mujeres— como un discurso ajeno o impuesto, lo que provoca reticencia y desinterés. En segundo lugar, destaca la propia situación en la que se encuentra el debate sobre el género en el mundo indígena.

En un estudio sobre las diferentes perspectivas feministas en torno a raza, diferencia cultural, liderazgo político y género en sociedades indígenas, Hernández y Canessa (2012: 26) señalan que este debate parece haberse enquistado entre, por un lado, quienes argumentan que la complementariedad de género es un activo precolonial y que las nociones actuales de género y los derechos de las mujeres son fruto de la imposición colonial y poscolonial, y por otro, quienes sostenemos que los enfoques actuales de género no deberían impedir el debate sobre las experiencias de violencia y otras manifestaciones de la desigualdad que viven las mujeres en su doble-triple faceta de líderes, comunicadoras e indígenas.

Siguiendo a Ginsburg (2002), Salazar (2002), y Mora (2012 y 2015) entiendo la CI como un proceso político y cultural integral que promueve el agenciamiento individual y colectivo y la construcción de las identidades (étnico-culturales y de género) a través de la apropiación

4. La perspectiva de género no forma parte, a priori, de la agenda de las cumbres de CI y, cuando se trata, el espacio que se le reserva es ciertamente marginal respecto a los temas que componen el “núcleo duro” de la reflexión. Así, en la cumbre de Colombia (2010), el papel de las mujeres en la comunicación se trata ligado a la familia. En la de México (2013), se insiste en la línea de los derechos de las comunicadoras a la participación en igualdad. En Bolivia (2016) se produce el tránsito hacia posiciones de feminismo indígena, mientras que en el último encuentro celebrado en Perú (2019), el tema desaparece nuevamente.

de los medios y las nuevas tecnologías de la comunicación por parte de los pueblos indígenas. Desde esa perspectiva, de acuerdo con Orobitg (2020)⁵, en las siguientes páginas indago en la CI como un espacio de experimentación social y agenciamiento para las mujeres. Un espacio que mientras reproduce las mismas desigualdades y exclusiones comunes a otros ámbitos de participación política para las mujeres, por ejemplo: limitando su acceso, dificultando el desempeño de sus tareas, o naturalizando y desvalorizando sus aportaciones, al mismo tiempo contribuye a su empoderamiento individual y colectivo. De modo análogo a lo observado por Oliart en un estudio sobre participación política de mujeres indígenas en Perú (2012), en este texto sostengo que la CI llevaría a estas mujeres a cuestionar el lugar asignado por sus culturas y también por las ideologías de género y, simultáneamente, a luchar por la defensa de la diferencia cultural y por sus derechos como mujeres y como indígenas en situaciones no exentas de tensión: entre los intereses individuales y los colectivos, entre las desigualdades estructurales y la agencia, y entre los límites siempre difusos de la cultura propia y la cultura apropiada.

Para contribuir a este debate el ejemplo etnográfico procede de Bolivia⁶. Este país no solo es uno de los pioneros en el desarrollo de la comunicación comunitaria indígena en América Latina, sino uno de los que más ha transformado este sector como resultado de las movilizaciones sociales de las décadas de 1990 y 2000 que llevaron a la victoria a Evo Morales en 2006.

-
5. En su caracterización de los sentidos de la apropiación indígena de los medios de comunicación, Orobitg (2020) privilegia dos: como puesta en relación de la sociedad indígena en distintos planos: comunitario, intercomunitario, interindígena, panindígena, local, nacional e internacional; como forma de experimentación social, produciendo nuevos modelos para significar el mundo y, potencialmente, transformar la sociedad.
 6. El trabajo de campo concreto en el que se basa esta investigación fue desarrollado durante nueve semanas entre octubre de 2016 y febrero de 2018 en siete radios ubicadas en zonas urbanas y rurales de Cochabamba, Potosí, La Paz y El Alto, y en el Centro de Formación y Realización Cinematográfica (CEFREC) y su filial, la Coordinadora Audiovisual Indígena Originaria de Bolivia (CAIB), ambos en Cochabamba. En estos espacios realicé entrevistas en profundidad individuales en castellano a un total de 18 comunicadoras de ascendencia indígena, y 23 hombres, indígenas y no indígenas. Además, tuve la oportunidad de asistir a la III Cumbre de CI celebrada en Cochabamba, participar en sendos talleres de formación radial para comunicadores indígenas, y acompañar la dinámica cotidiana de algunas de las emisoras participando en sus programas.

Situados en este contexto, comienzo por caracterizar el complejo panorama de los medios indígenas en el país a través de un conjunto de medios seleccionados donde prestan sus servicios las comunicadoras indígenas entrevistadas. A continuación, indago sobre las razones que les han llevado a la comunicación y los obstáculos compartidos que enfrentan para acceder a estos medios a diferencia de sus compañeros, y me pregunto cómo repercuten en sus formas de concebir y practicar la CI. Seguidamente, me ocupo de aquello que les diferencia haciendo hincapié en su trayectoria profesional, en el tipo de vinculación que mantienen con el medio y en su perfil de líderes representantes de organizaciones comunales y supracomunales. Para concluir, reflexiono sobre los aportes recíprocos de estas mujeres a la CI y de la CI a la equidad de género.

ETNOGRAFIAR LOS “MEDIOS INDÍGENAS” EN BOLIVIA⁷

Existe un consenso generalizado en la literatura al reconocer el papel central desempeñado por los medios comunitarios —en especial de la radio en aymara— en la democratización de Bolivia (Beltrán, 2010). Desde las experiencias de las radios mineras y campesinas del norte de Potosí en el escenario precedente a la Reforma Agraria de 1952, la historia de este medio se entrelaza a la de la participación popular y las luchas sociales protagonizadas por la población indígena, campesina y chola⁸, tanto hombres como mujeres. No obstante, en Bolivia no existe una política pública de comunicación comunitaria, y los medios oficialmen-

-
7. La crisis política y social desatada tras la renuncia de Evo Morales (noviembre de 2019) entre acusaciones de fraude electoral y fundados temores de golpe de Estado, ha supuesto una fuerte convulsión en el sector de los medios comunitarios indígenas que forman parte de esta investigación. Especialmente los creados o promovidos durante su gobierno, han dejado de emitir o se han visto obligados a reorientar sus programaciones. Otros han sido saqueados y las comunicadoras y sus familias han sido amenazadas como resultado de la ola de violencia social y política. Este nuevo escenario, cuyo abordaje excede los objetivos de esta contribución, nos interpela sobre el futuro de la comunicación comunitaria indígena en tanto que expresión y garantía de derechos de la población indígena en Bolivia, y también acerca del impacto diferencial de esta crisis —de todas las crisis— sobre las mujeres indígenas ante el probable retroceso en el reconocimiento y el respeto a sus derechos.
 8. Cholo/chola es el término utilizado en los países andinos para referirse a la población de procedencia indígena migrante a la ciudad.

te denominados “de los pueblos originarios” son una creación reciente impulsada por el Estado boliviano durante el gobierno de Evo Morales (2006-2019). El resto de los medios, que cuentan con una trayectoria reconocida en CI, se encuentran diseminados en el sector de los privados y los comunitarios vinculados a movimientos ciudadanos, a la Iglesia católica y a organizaciones no gubernamentales. Esta situación marca una primera singularidad del caso boliviano respecto a otros países de su entorno: la mayoría de los medios que reconocemos como indígenas en Bolivia son el resultado de iniciativas promovidas “para” indígenas, pero no necesariamente “desde” la población indígena. El grupo de medios seleccionados en esta investigación refleja este panorama.

Así, según sea la propiedad del medio y la vinculación que mantienen con las organizaciones que los promueven dividiré los medios indígenas en Bolivia en dos grupos que ayudan a acotar el panorama: el primero está integrado por radios propiedad de la Iglesia católica con una larga trayectoria en el campo de la comunicación radial en lenguas indígenas, y el segundo por los medios de los pueblos originarios, indígenas y campesinos, propiedad de sindicatos y organizaciones indígenas impulsados durante el gobierno de Evo Morales y/o creados por el Estado durante su gobierno (2006-2019)⁹.

LAS RADIOS QUE HABLAN DE ELLOS

“Aquí la radio les sirve para todo ¿no? O sea, vienen a la radio a preguntar de todo: ¿dónde me puedo sacar certificado?, ¿cómo puedo solucionar cuando mi marido me paga?, ¿dónde tengo que ir a hacer esto o lo otro? Nos ven como su mamá o su papá. La radio tiene que dar solución a ellos ¿no? Somos la radio que habla de ellos, de lo que a ellos les interesa” (Yolanda Choque, comunicadora, Radio Pío XII).

9. De esta descripción se han excluido otro tipo de iniciativas de comunicación radial indígena, muy frecuentes en Bolivia, en las cuales un individuo o una familia de comuneros, con recursos propios o autofinanciándose mediante publicidad local, instala una antena en su vivienda, sin licencia ni frecuencia propia para emitir. La programación en quechua y aymara de estas emisoras “caseras” se reduce a uno o dos programas al día de avisos y felicitaciones y de entretenimiento.

Los medios indígenas incluidos en este grupo son tres radios: Radio San Gabriel, conocida como “La Voz del Pueblo Aymara” (El Alto); Pío XII, la “Indio Radio” (emisoras de Siglo xx, Cochabamba y Po-coata), y Radio ERBOL (La Paz). Se trata de actores políticos reconocidos a nivel local, regional y nacional cuyos orígenes datan de los años cincuenta y sesenta del siglo xx inspiradas en el paradigma de la comunicación popular. Sus fuentes de financiación incluyen la cooperación internacional, la publicidad y recursos propios. Son miembros fundadores de ALER (Asociación Latinoamericana de Educación y Comunicación Popular) y de ERBOL (Educación Radifónica de Bolivia)¹⁰, dos referentes en el desarrollo de la radio comunitaria en Latinoamérica. ERBOL es pionera en el desarrollo de redes satelitales en lenguas indígenas en Bolivia y cantera de varias generaciones de comunicadores y comunicadoras sociales. De hecho, el estilo participativo y el formato de su programación en lenguas indígenas, que es emitida en AM por las radios vinculadas a ERBOL, es replicado en gran medida por el resto de las emisoras comunitarias del país.

Esta programación es definida y conducida por comunicadoras y comunicadores indígenas íntegramente y se concentra en dos franjas: en la madrugada (de 4:30 a 8:00 am), y en la noche (de 21:00 hasta el cierre de emisión). Los contenidos abarcan un conjunto de temas muy variados, generalmente tratados desde un enfoque local y con un tono frecuentemente reivindicativo entre los que se incluyen: medicina tradicional, agropecuaria, cuentos y leyendas, historia, avisos y comunicados, informativos, radionovelas y revistas. Estas últimas tratan de la actualidad política regional, nacional e internacional, de economía, y también de derechos de las mujeres, la infancia, y los pueblos originarios y campesinos. Los fines de semana generalmente se reservan para la emisión de programas de entretenimiento, musicales y concursos, muy populares entre la población de ascendencia indígena y chola de provincias y de las zonas urbano-marginales de migración, que constituye el grueso de la audiencia que tienen estas radios.

10. ERBOL es la mayor red de medios radiales de inspiración cristiana de Bolivia. Fundada en 1967 para promover la alfabetización por radio, en los años ochenta se amplía a otros proyectos que promueven el derecho a la comunicación y a la información como base de otros derechos humanos de sectores populares, pueblos originarios y campesinos.

Otra seña particular de estos medios es el empleo de reporteros y reporteras populares. Este sistema está ligado al desarrollo de la radiodifusión en aymara y quechua impulsada por ERBOL desde mediados de la década de 1970. Se trata de una estrategia que promueve la capacitación política y comunicacional por parte del propio medio de personas nombradas y/o ratificadas por la comunidad para ejercer el cargo de corresponsales enviando noticias sobre sus comunidades.

Estas radios son los medios más grandes de la muestra (entre 40 y 100 empleados) y las comunicadoras representan en torno al 40% de la plantilla de personal contratado (a tiempo completo o parcial). De entre ellas, algo menos de la mitad son comunicadoras contratadas por el medio cuya primera lengua es el quechua o el aymara, y una proporción todavía menor (a veces inferior al 10%) son reporteras populares en El Alto y en otras provincias. En estas radios prestan sus servicios cinco de las dieciocho comunicadoras entrevistadas: cuatro comunicadoras y una reportera popular. Estas mujeres, al igual que sus compañeros varones, desempeñan el rol de locutoras, periodistas, libretistas de radionovelas, y ejercen el control técnico del medio. Aunque en menor medida, también participan en el resto de la parrilla de programación que emite el medio en su frecuencia AM. Los puestos de dirección, así como los de responsables de la programación son desempeñados en todos los casos por varones no indígenas, en dos de ellos, por sacerdotes en activo o ex sacerdotes.

MEDIOS DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS, ORIGINARIOS Y CAMPESINOS

El segundo grupo de medios indígenas seleccionado en esta investigación está constituido por los creados durante el gobierno de Evo Morales y los que son propiedad de las organizaciones indígenas, campesinas, mineras y cocaleras afines al proceso de cambio instituido durante su mandato. En concreto, son tres radios y un centro de formación en comunicación audiovisual. Las radios son: Radio Soberanía y Radio Kausachun Coca, ambas ubicadas en el Trópico de Cochabamba —región del Chapare—, bastión político y económico del Movimiento de Acción al Socialismo (MAS), y Radio Alter-Nativa Lachiwana (ciudad de Cochabamba), vinculada a la Federación Campesina Departamental. En ellas trabajan tres de las comunicadoras entrevistadas.

Se trata de medios más pequeños (con una plantilla de entre seis y quince personas) donde la programación en quechua y aymara ocupa un espacio menor que en las radios de ERBOL e igualmente relegada a la madrugada y a la noche. La proporción total de comunicadoras es también similar a la del grupo anterior (en torno al 40% de la plantilla), pero la diferencia radica en que en estos medios las comunicadoras indígenas son mayoría. Los puestos directivos en las tres radios son ocupados por varones, dos de los cuales son comunicadores profesionales migrantes de ascendencia quechua formados en radios mineras y comunitarias que migran al Trópico en los años noventa. Allí reproducirán este modelo de organización y de comunicación en Radio Soberanía y Radio Kausachun Coca, respectivamente. Las fuentes de financiación de estos medios incluyen la cuota de los afiliados (campesinos, cocaleros, sindicalistas), aportes del Estado (vía publicidad o subvenciones directas) y la cooperación internacional.

Dentro de este grupo he incluido al Centro de Formación y Realización Cinematográfica (CEFREC) y a la Coordinadora Audiovisual Indígena Originaria de Bolivia (CAIB). No se trata propiamente de medios, sino de espacios de formación política y producción audiovisual del Sistema Plurinacional de Comunicación Indígena, Originaria y Campesina¹¹. Creado en 2010 y financiado por la cooperación internacional, este sistema está basado en tres pilares que incluyen: la formación técnica en el conocimiento y control de los medios; la producción de materiales audiovisuales (vídeos, televisión y radio), y la difusión de los mismos en comunidades y centros urbanos (González, 2019: 121-128). Las producciones de cine y video indígena realizadas a través de CEFREC-CAIB durante los últimos 25 años son internacionalmente reconocidas (Schiwy, 2016; Zamorano, 2017).

Las comunicadoras y los comunicadores formados en la escuela de Formación en Derechos y Comunicación de CEFREC son seleccio-

11. Este sistema es heredero de las experiencias en comunicación realizadas en el marco del Plan Nacional de comunicación indígena, desde 1996, guiado por las cinco confederaciones indígenas, originarias y campesinas nacionales de Bolivia: la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB), la Confederación Sindical de Colonizadores de Bolivia (CSCB), la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), el Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qollasuyo (CONAMAQ) y la Federación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia Bartolina Sisa "Bartolinas".

nados a propuesta de la comunidad y de acuerdo con la directiva del Centro. No obstante, como ocurre en el resto de los medios, aunque este proceso está abierto por igual a hombres y mujeres, la proporción de mujeres es minoritaria y los roles que desempeñan en algunos medios suele ser motivo de crítica. Es el caso de las locutoras y presentadoras del canal estatal “Bolivia TV” (antiguo Canal 7), generalmente mujeres jóvenes y guapas que visten costosos trajes convertidas en emblemas de autenticidad cultural indígena, a las que en la profesión se refieren como “muñequitas cholitas”. En privado, algunas comunicadoras muestran su malestar no solo por el uso idealizado y poco representativo de la imagen de la mujer indígena que se hace en estos medios, sino porque su proceso de selección recae en los directivos de los medios, generalmente varones no indígenas. En otros casos prestan su servicio como formadoras para la escuela y, excepcionalmente, también son camarógrafas y realizadoras de cine y vídeo indígena. La dirección de CEFREC está ocupada por un varón no indígena y la de CAIB por una mujer indígena. En CEFREC-CAIB trabajan tres de las comunicadoras entrevistadas.

Un lugar singular en esta clasificación lo ocupa Radio Atipiri (El Alto). Fundada en 2006 por Donato Ayma, un comunicador aymara muy popular, Atipiri surge como el proyecto de una ONG local (CE-COPI) y de la Federación de Asociaciones Municipales. Sus fuentes de financiación proceden, casi íntegramente, de la cooperación internacional. Este medio es el único dirigido por una mujer no indígena (la hija del fundador) y dedicado específicamente a promocionar el trabajo con mujeres y jóvenes a través de su producción radiofónica. Una parte de su programación se nutre de reporteras populares que son formadas por el medio para enviar noticias desde sus localidades y participar como conductoras en dos espacios radiales con perspectiva de género. De aquí proceden las restantes siete comunicadoras entrevistadas, todas reporteras populares aymaras alteñas.

De esta breve descripción se deduce que la representación de mujeres en los medios indígenas seleccionados muestra un panorama no muy distinto al de los medios comerciales: se trata en general de espacios masculinizados cuyos cargos de mayor responsabilidad (directivos, gerentes, jefes de prensa, encargados de programación) son acaparados por varones no indígenas frente a las comunicadoras de pollera que desempeñan mayoritariamente el trabajo de secretarías, locutoras y reporteras de la

programación indígena de las radios, y el de presentadoras en TV, siempre que se ajusten al canon de belleza definido por hombres.

En los medios descritos las dificultades de acceso a la formación, la discriminación y la violencia de género son algunos de los obstáculos comunes que experimentan estas comunicadoras para conciliar el triple rol productivo, reproductivo y de representación política y explican la división de género que se superpone a la división étnica.

DISCRIMINACIÓN, EXCLUSIÓN Y VIOLENCIA DE GÉNERO: RESISTENCIA Y COMUNIDAD

La incursión en el mundo de la CI tanto para mujeres como para varones se realiza de forma empírica y a menudo fruto de la casualidad. Son frecuentes las historias de jóvenes con talento, maestras rurales o líderes comunitarias que llegan a la emisora para cantar y contar historias o recitar poesía y son “descubiertas” por el director. En otros casos son seleccionadas por las autoridades comunales por su perfil de líderes para comenzar su proceso formativo en el medio.

Más allá del detonante concreto, muchas destacan el impacto causado por las radionovelas en quechua y aymara producidas por las radios de ERBOL con las que crecieron. El formato teatralizado, muy popular entre los indígenas, su tono moralizante y, especialmente, el uso de su lengua indígena a través de las ondas, marcan un primer vínculo afectivo de estas mujeres con la radio¹².

Yo de chiquita escuchaba Radio San Gabriel novela, cuentos dramatizados. Es bonito, ahí puedes reír, puedes llorar, o sea vives como si fuera verdad. Y eso yo escuchaba desde chiquita con mi mamá y me gustaba tanto escuchar en aymara... Yo decía: “¿cómo puedo participar en esos cuentos, en novelas?” Era tan lindo... O sea, yo admirada a Radio San Gabriel, como he vivido en el campo, entonces yo deseaba trabajar ahí. Trabajando en la escuela yo enseñaba aymara, a hablar y a escribir también ¿no?, porque yo siempre he valorado lo que es nuestra lengua, lo que es nuestra cultura, lo nuestro (Viviana Cruz, comunicadora aymara, Radio San Gabriel, El Alto).

12. Albó estudia el papel central desempeñado por la radio aymara en la formación de una identidad y solidaridad grupal superior al de otras instituciones de relaciones intermedias, como por ejemplo las escuelas o la red comercial (1974: 117).

La procedencia rural de la mayoría y las experiencias de discriminación y exclusión vividas desde la escuela en sus lugares de origen y más tarde como migrantes cholos en las ciudades, empleadas domésticas, madres y esposas, va perfilando una concepción particular de la CI y del medio, marcada precisamente por el reconocimiento colectivo, la concienciación y el compromiso social.

Como le digo en la ciudad estaba en la escuela y ahí todo lo indígena era lo inferior, o sea, eso te hacían ver ¿no? Pero cuando llegué a la radio me dijeron: “Tú tienes que defender a tus *llaqtamasis*, a tu gente, a tus raíces. ¿Eres de aquí o no eres de aquí?”. Yo misma me lo preguntaba y he dicho: “Soy de aquí. Soy de sangre indígena y tengo que trabajar por mis raíces (Yolanda Choque, comunicadora quechua, Radio Pío XII, Emisora Pocoata, Potosí).

En mi comunidad, cuando yo he entrado a la escuela había bastante discriminación a nosotros los quechuas. Como he vivido en medio de la discriminación mi objetivo era cómo llegar a la comunidad, cómo descubrir esa discriminación y porqué siempre nos decían: “Indios, indios salvajes, estas cochinas”. De todo nos decía la gente de la ciudad: “Estos indios hacen macanas, mugrosos”. Entonces yo quería descubrir porqué: por qué somos indios, por qué somos así cochinos, por qué somos mugrosos (Susana Paqare, comunicadora quechua, Radio Lachiwana, Cochabamba).

El papel desempeñado por los medios en tanto espacios de formación que contribuyen a reconocer la pertenencia grupal está muy presente en los relatos, tanto de varones como de mujeres. No obstante, las dificultades de acceso en el caso de las mujeres son mucho mayores.

En primer lugar, por el horario intensivo en el que se realizan los talleres (generalmente fines de semana completos) y en el que se emite la programación indígena (en la madrugada y en la noche). Este horario marginal condiciona fuertemente la participación de comunicadoras con hijos pequeños y se traduce en un riesgo adicional especialmente para las que viven en lugares alejados. Algunas refieren intentos de asalto y violación en el trayecto. Para evitar ese riesgo algunas “optan” por trasladarse a vivir a la emisora con sus hijos pequeños:

En la emisora de Torotoro estuvimos cama adentro [risas]. O sea, con mi hijo yo vivía allá. Y ahora también aquí en Cochabamba. Porque la

compañera que estaba durmiendo antes acá se casó y bueno, no quisimos perderla, entonces dijimos hay que conseguir otra gente para que pueda venir a las cuatro y media de la mañana y no había. Entonces yo he preferido quedarme que venir a esas horas. Es peligroso. Y aquí hay cuartos. Por eso vivo aquí. Ya estoy dos meses con mis hijos (Emiliana Ayala, comunicadora quechua, Radio Pío XII, emisora Cochabamba).

La necesidad de contar con apoyos para conciliar las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, tanto para completar la formación como para desempeñarse en el medio, es permanente en los relatos de las comunicadoras y se presenta como uno de los motivos más frecuentes de su exclusión, pero también de abandono de la labor de comunicación por parte de las mujeres. Una mirada atenta a su situación familiar avala esta afirmación: de las dieciocho mujeres entrevistadas cinco son solteras y sin hijos mientras que las restantes trece son madres. De estas, nueve están separadas o divorciadas y una es viuda. Solamente tres tienen pareja actualmente. En los casos excepcionales en los que las comunicadoras cuentan con pareja, los relatos hablan de la importancia de este apoyo para desempeñar su trabajo, y también de la negociación para poder realizar la labor de comunicadora, así como de la presión social y de los sentimientos de culpabilidad y frustración derivados de su decisión:

Yo andaba en comunicación en medio de la gasificación, en medio de la represión, con mi panza así. A mí no me importaba si me reventaban la panza. No me importaba. Tenía el apoyo de mi esposo, siempre lo he tenido. Cuando el esposo te apoya eso es como si te apoyaría toda la población pero cuando no te apoya... ¡pucha, es terrible! La gente que te murmura: "Ahí está, ahí está: la madre que ha abandonado [a los hijos], ahí está el fruto" (...) A veces hasta te desligas de la familia para asumir estos retos en comunicación o sindical. Los hombres dejan fácil, las mujeres no (Susana Paqare, comunicadora quechua. Radio Lachiwana, Cochabamba).

Sí, he tenido dificultad en el hogar. Sí, porque yo he abandonado a mis hijos (...) Mis hijos han crecido con gente porque mi esposo trabaja y yo también. Y mis hijos así menores no han tenido tanto cariño. Tal vez por eso son más independientes. Esa parte he tenido problema. Pero yo soy comunicadora ¿no? Y tengo que hablar, hablar. Estoy en eso, en hablar y hacer que comprendan esas cosas que nos pasan a las mujeres. En cuanto a mi pareja, me entiende, me comprende, pero a veces me dice: "¿Qué haces ahí siempre?, anda, vete nomás a la radio, ahí nomás anda a vivir" (Viviana Cruz, comunicadora quechua, Radio Pío XII, Cochabamba).

Estos obstáculos para conciliar —comunes en las experiencias de las mujeres, sean indígenas o no indígenas— y la necesidad de contar con la familia para desempeñarse como comunicadoras revierten en una concepción de la CI más integral y menos autorreferenciada comparada con la de los comunicadores. Esta comprende a los hijos y a la familia y también a otras mujeres en circunstancias de opresión y discriminación similares. No obstante, en la medida en que el género atraviesa y se superpone al resto de dimensiones en las que se expresa la desigualdad que experimentan estas mujeres, las particularidades de su experiencia de la CI trascienden el mero ejemplo inspirador y multiplicador para influir en su manera de entender y hacer comunicación. Ese sentido político de la CI como un espacio de resistencia y de agenciamiento social y político, tanto a nivel individual como colectivo de comunicadoras, cobra su máxima expresión cuando se trata de situaciones de discriminación y violencia de género.

“EN LA RADIO HEMOS ABIERTO EL OJO”. LOS MEDIOS INDÍGENAS COMO ESPACIOS DE RESISTENCIA

El avance legal producido en materia de igualdad en Bolivia en los últimos años tiene su correlato en los programas de formación que ofrecen las organizaciones indígenas y campesinas, las ONG, y también los medios indígenas. Así, al binomio “comunicación-liderazgo” de los talleres que convocan los medios, se ha incorporado en los últimos años el tema de los derechos de las mujeres y especialmente la violencia de género¹³. Para algunas comunicadoras este aprendizaje les confronta con su realidad y contribuye a cuestionar el papel que les ha sido asignado por su cultura y por las ideologías de género. Esto se traduce en la elaboración de un discurso y una toma de posición frente a la discriminación de género y la violencia que experimentan tanto por parte de sus parejas como de otros compañeros de profesión, indígenas y no indígenas.

13. Por un lado, la promulgación de la Ley integral de violencia de género” (Ley N° 348) en 2013, y por otro las medidas políticas adoptadas de discriminación positiva como la incorporación de mujeres al frente de la mitad de los ministerios durante el gobierno del MAS, han servido para incluir los derechos de las mujeres en la agenda política del Estado y, en consecuencia, contar con una mayor presencia de estos temas en los medios indígenas y no indígenas.

Hay compañeros varones que son machistas, siguen siendo machistas y siguen creyendo que tú no tienes esa formación, esa capacidad de poder agarrar una cámara, de poder editar, de poder hacer. Te creen una burra prácticamente. Y si usted va a una rueda de prensa y va a ver una sola camarógrafa, y no hay más. Y ahí también te dicen: “¿Qué estás haciendo vos aquí?, ¿por qué no va a la cocina?”. A mí me ha tocado varias veces que me han dicho eso. Y yo he dicho: “Y a ti, a ti que te importa, porque me da la gana de estar”. Yo me he vuelto media atrevida ¿sabe?, y les he mandado a cierta parte, punto, pues, y se callaban. En Santa Cruz, prácticamente somos pocas mujeres que todavía nos hemos echado la valentía de decir voy a una conferencia de prensa, me meto entre medio de estos machorros, como decimos. Generalmente te hacen desistir, aunque estés bien formada, porque son los mismos hombres los que dicen. “Esta no sirve”. Si eres mujer, ya te califican ellos. Y nosotras desistimos de estar peleando contra hombres. Y hay compañeras que se embarazan, se casan y hasta ahí se quedó su formación de comunicación y se dedican a la familia. Por eso hay pocas, somos pocas las mujeres en comunicación, pero se ha dado un paso importante, sí eso sí. De lo que antes había dos o tres ahora creo que hay una cosa de diez, que ya es un avance, pero necesitamos dar más pasos (Sandra Cossio, comunicadora quechua).

En la radio hemos abierto el ojo, ¿no? Nosotras hemos pensado que tenemos marido, hijos y que ahí la vida ya ha acabado, atado al marido, servir, así único será y ya no hay paso adelante. Entonces cuando hemos venido aquí a capacitarnos hemos abierto los ojos y luego ya hemos puesto ánimo para seguir avanzando (Blanca Huanca, reportera popular aymara, Radio Atipiri, El Alto).

Los títulos y los contenidos de los programas radiales y de las producciones audiovisuales realizados por estas comunicadoras resultan elocuentes respecto al desafío y al acto de resistencia que supone para ellas narrar su cotidianidad desde abajo —desde la posición subalterna que ocupan como mujeres y como indígenas— y desde adentro —desde sus cosmovisiones, valores, lenguas—, para ser escuchadas por distintas audiencias a través de un medio de comunicación: *Si nos permiten hablar*, *La palabra es de ustedes*, *Yo siempre te he oído, ahora te toca escucharme a ti*, *Ñukanchikpa* (De nosotras) son algunos de ellos.

Hacemos el programa *Si nos permiten hablar*. Mire, es que a nosotras las mujeres nos han llamado ¿no?, muchas veces, siempre lo hacen. Por eso es el nombre que le hemos puesto a nuestra revista y ahí hacemos

justo este análisis. Tomamos temas como es la violencia de la mujer, la ley 348, ¿cuántos tipos de violencias hay? Y tratamos de que la ciudadanía nos escuche en ese tema. Abordamos temas que nos interesan a nosotras las mujeres y también a los hombres. Esta radio se tiene que caracterizar porque defiende los derechos de las mujeres, especialmente, no solamente de las campesinas, porque sabemos que, en todo Bolivia, tanto en el área urbana como en el área rural, se sigue repitiendo la violencia hacia la mujer ¿no? (Sandra Cossio).

En este somero recorrido sobre los obstáculos y las exclusiones de género a las que se enfrentan las mujeres indígenas en el acceso a la CI, un lugar destacado lo ocupan las frecuentes situaciones de violencia de género vinculadas a su decisión de dedicarse a la comunicación-liderazgo político que reportan más de la mitad de las comunicadoras entrevistadas. El alto grado de exposición y de reconocimiento social que implica convertirse en referentes públicos, el espacio social de encuentro con otras mujeres empoderadas en situaciones análogas que provee el medio, y el desarrollo de un creciente nivel de autoconsciencia vinculado al ejercicio de contar y ser escuchadas en su lengua, se superpone a las circunstancias personales de estas mujeres y de sus maltratadores como desencadenantes de la violencia.

A diferencia de lo señalado por otros investigadores sobre la violencia de género en comunidades rurales (Canessa, 2012), los casos recogidos en esta investigación no reportan episodios “excepcionales” provocados por el consumo de alcohol de sus parejas, sino violencia estructural resultado de las ideologías de género. A menudo, esta violencia comienza desde el momento que deciden salir de casa para asistir a los talleres de formación en el medio y se repite recurrentemente:

Dedicarme a la comunicación ha sido muy difícil para mí... Y casarme no ha sido porque me gustara casarme, sino prácticamente porque me han obligado a ello, a los trece años, y a los catorce ya tenía a mi primer hijito. Siempre mi intención de mí era ir a otro espacio, no ser solo ama de casa ni mamá, pero me tocó eso, conformarme, porque era esa mi realidad (...) Cuando las Bartolinas empezaron en comunicación una señora me ha dicho: “Sandra, vení a capacitarte”. Yo tenía miedo, voy a ir y me va a pegar mi marido, se va a enojar porque no he hecho la comida. Entonces yo tenía a mi cuarto hijo, pero igual me fui con ellos. Me daba miedo al volver a casa y cuando la luz estaba apagada, recién entraba. Si no, no entraba. Me escondía hasta que se apague la luz (...). Volví a ir a las Bartolinas y aprendí con la computadora y me gustaba las formaciones que hacían. Me gustaba

agarrar micrófono. Yo decía: “Yo quiero ser periodista”, y empecé a formarme más y más. Después hubo esta convocatoria por el CEFREC de formación de comunicadoras. Él [su marido] me decía: “¿Qué estás haciendo ahí perdiendo tu tiempo?, las mujeres no sirven para esas cosas, ¿qué vas a lograr?, ¿qué crees?, así, vieja como eres ¿qué vas a salir en la tele?”, y no me dejaba ir. Pero una vez más me escapé y esa fue la última. Al volver, lo mismo hice: espere a que se apague la luz y al entrar estaba apagado y pensé “Está dormido”. Y ese fue la... el peor día de mi vida porque... eh... me estaba esperando detrás de la puerta y me golpeó muy fuerte y... me dejó parálitica. Un año estuve parálitica (...). Un compañero hizo la denuncia y lo metieron preso a mi marido. Este compañero me colaboró muchísimo y también la organización, la organización. Y me metí más y más a comunicación. Y yo hoy en día digo que ha sido quizás bueno que mi marido me tumbe para que yo aprenda que no debía confiar en él (Sandra Cossio).

En mi casa había mi esposo que me decía: “¿Dónde estás yendo?”. De ocultitas me venía yo [a la radio]. Cuando él ya llegaba a casa, llegaba nomás yo también. Entonces no me hacía pescar. Cuando ya me ha pescado es porque me escuchado; “¿Habías ido a la radio?”. “Sí, he ido, he ido ahora ¿qué vas a hacer?, me voy a ir”, he dicho. “Tengo en la radio a Carminia, al licenciado Donato, hay abogados. Si me pegas yo te voy a demandar”, le he dicho. “Ah, puedes ir, no me interesa”, dice. En estos años ha sido la ley del 348, violencia de las mujeres, con eso más mi esposo se ha calmado. Después se ha enfermado y se ha ido, en 2012, 2013. Ahí he empezado a salir a las calles a reportar... (Elena Miranda, reportera popular, Radio Atipiri, El Alto).

Para aquellas mujeres como Sandra y Elena que con mucho esfuerzo personal y apoyo de distintas redes —familiares, gremiales, asociativas, ONG—, logran romper y sobreponerse a las humillaciones resultado de la discriminación machista y patriarcal vivida durante años, el acceso a la CI como espacio en el que desarrollan una conciencia étnica, de clase y de género se convierte además en un recurso sanador y empoderador, tanto a nivel individual como colectivo.

De este modo, el sentido político de la CI se concreta en varios aspectos. Por un lado, en el enfoque de denuncia que utiliza y en las audiencias a las que se dirige, tal y como ha sido estudiado por otros autores (Mora, 2015). Estas audiencias están ubicadas tanto “fuera” de la comunidad (a nivel regional, nacional e incluso internacional) visibilizando sus luchas y los abusos cometidos, y simultáneamente “dentro”, construyendo y fortaleciendo su identidad y sus derechos como mujeres e indígenas en sus comunidades y grupos:

La comunicación indígena yo veo desde el punto de vista político como una resistencia, un ejercicio pleno de derecho de los pueblos indígenas. Para afuera es político, digamos, mostrar, que el país conozca a la gente indígena, que puedan conocer nuestra visión, nuestra realidad, nuestra cultura. Pero para interno también es político: cómo conservar, fortalecer, revitalizar nuestras culturas, internamente. (...). Para mi es primero la identidad, el autorreconocimiento como pueblo indígena. Si no tienes ese autoidentificación no sabes quién eres, de dónde vienes, o sea, cuál es tu proyección (Ana Vilacama, realizadora de vídeo y comunicadora quechua, CEFREC, Cochabamba).

Por otro lado, el sentido político de la CI que practican estas mujeres se concreta tanto en la selección y el alcance de temas abordados como en su tratamiento. Estos temas incluyen: derechos de las mujeres, maternidad, discriminación y problemas de conciliación para ejercer la comunicación y el liderazgo político, sexualidad, salud, violencia de género y, simultáneamente, el precio de la canasta básica, los abusos de las autoridades, la educación, el medio ambiente, la política nacional e internacional, las fiestas y las costumbres locales, entre otros. Todos ellos tratados desde un enfoque integral que comienza en el propio cuerpo, se extiende al entorno grupal y se realiza en la tierra-territorio como metáfora de vida. Como lo expresa Susana y otros relatos traídos a colación:

La mujer siempre tenemos una mirada amplia, siempre estamos pensando en los hijos, pensamos en lo económico, pensamos también en la formación, en la educación. Pensamos siempre que va a hacer mañana, que están los hijos, que está la producción. O sea, que siempre estamos igual que la tierra que cuanto más unido da siempre todo el fruto. (...) La comunicación indígena sabe a tierra y territorio. Cuando hablamos de tierra y territorio está todo inmerso. No hablar de la tierra y territorio es no hablar de nada (Susana Paqare, comunicadora quechua).

COMUNICADORAS PROFESIONALES Y REPORTERAS POPULARES

A partir de experiencias comunes de discriminación, violencia física y simbólica y exclusión que, por un lado, dificultan el acceso a los medios, y, por otro, contribuyen al cuestionamiento de los roles de género tradicionalmente desempeñados y a construir un modo particular de experimentar la comunicación, en lo que sigue me centraré en lo que diferencia a estas mujeres.

Para ello, distinguiré dos tipos de perfiles que ayudan a entender la diversidad del colectivo: por un lado, las comunicadoras profesionales contratadas a tiempo completo o parcial por un medio, líderes de organizaciones comunitarias, y por otro, las reporteras populares que colaboran con el medio ejerciendo un cargo de servicio como representantes de su comunidad. Cada uno de ellos afronta problemas específicos relacionados con su procedencia, lugar de residencia, nivel de formación, experiencia en los medios y liderazgo político. Estas circunstancias se proyectan en formas particulares de concebir y practicar la CI.

¡Indios al poder! Liderazgo político a través de los medios

El grupo de las comunicadoras profesionales está formado por diez de las dieciocho mujeres entrevistadas que tienen entre 26 y 53 años, de las cuales siete son *radialistas*, y las restantes tres son realizadoras de vídeo o capacitadoras en comunicación audiovisual formadas por CEFREC.

Todas tienen una larga trayectoria en medios indígenas (entre diez y veinticinco años), especialmente en las radios de ERBOL, donde algunas comenzaron como reporteras populares, y otras lo hicieron en radios mineras. En cuanto a su formación académica, seis de las diez comunicadoras han cursado estudios universitarios, principalmente como maestras y comunicadoras —aunque no todas consiguieron titularse— y las restantes cuatro son bachilleres. Su situación familiar refleja el perfil anteriormente referido: solo tres tienen pareja en la actualidad, si bien la mayoría (ocho) son madres con hijos jóvenes bachilleres y universitarios, algunos de los cuales estudian comunicación y colaboran con ellas, y solo dos tienen hijos menores que a menudo les acompañan mientras desempeñan su trabajo. Todas son bilingües, menos una, y algunas trilingües (quechua, aymara, castellano). Siete residen en grandes ciudades (Cochabamba, Santa Cruz, La Paz y El Alto), y tres en pequeños municipios ubicados en provincias (Rafael Bustillo, Chayanta y Caranavi).

Aunque la comunicación en los medios constituye la fuente principal de ingresos para todas ellas menos una, su dedicación es variable dependiendo tanto de sus circunstancias personales (proyectos formativos, familiares, etc.), como de la situación económica y política coyuntural del medio. Las dificultades de sostenibilidad de los medios comunitarios indígenas, en general muy dependientes de la cooperación

internacional y de subvenciones directas o indirectas del Estado, revierte en una frágil estabilidad de las plantillas. Esta inestabilidad afecta sobre todo a las mujeres comunicadoras —indígenas y no indígenas— y les obliga a completar ingresos, de modo eventual, con otros trabajos como comerciantes, confeccionando artesanías para la venta, o agricultoras y ganaderas:

Estoy haciendo despachos a radio Lachiwana, tengo un minuto, dos, diez minutos, hasta veinte minutos, luego entrevista siempre en las noches. De día voy a trabajar con machete al chaco¹⁴. Estoy produciendo naranja, ahorita está en crecimiento, también produzco plátano y chía (Susana Paqare).

El segundo rasgo diferenciador de las comunicadoras profesionales es su perfil como líderes políticas en organizaciones supracomunitarias (sindicatos, partidos). Si bien todas ellas atesoran una variedad de experiencias previas en asociaciones comunitarias y barriales (clubes de madres, comités de escuela, asociaciones deportivas, entre otros), la mayoría se forja en las movilizaciones sociales de la década de 1990 (Marchas indígenas a La Paz) y durante el llamado “ciclo rebelde” (2000–2005) que consolida un proceso de resistencia indígena de largo recorrido, estudiado por Espasandín e Iglesias (2007). Durante estos años los medios comunitarios adquieren un elevado protagonismo consolidándose como espacios políticos de resistencia y de lucha por los derechos que marcan la trayectoria de muchas de estas mujeres:

En 1996 hemos ido a una marcha por Tierra y Territorio y esta radio [banda lateral] cargando hemos hecho llegar desde aquí, desde Cochabamba, hasta La Paz, en tres semanas. De los 20 comunicadores que éramos, la mayoría hombres, la única mujer era yo (...) ¡Uuucha, las luchas que hemos pasado en Bolivia!: la guerra del gas, la guerra de la coca... Mis hermanos del Trópico han pasado violaciones, han pasado encarcelaciones, han pasado incendios (...). En 1995, en la represión del Trópico, traen a la gente en brazos, muertos, arrastrando las tripas, partido la cabeza, salido el corazón. Así traían (...) A mí, la policía me chisgueteó con gas y el compañero así, chorreando sangre, me alcanza un papel y me dice: “Compañera Susana, llévalo este papelito a la radio... dos compañeros están desaparecidos hace tres días. A cualquiera radio llévalo”. Yo fui corriendo así patapelá [descalza], a la radio Mosoqchasqui que es un radio

14. Lugar de cultivo.

evangélico. Y llego a la puerta y le digo: “Por favor señora, quiero que me lo lean este mi comunicado, tres compañeros están desaparecidos”. “No. El orden de arriba es que pagas o no lo hacemos”. Yo me puse a llorar porque mis compañeros estaban derramando sangre, y pensé en todos los mártires de todos los que han muerto y en toda la Pacha de los incas, ¡qué me ayuden a conseguir mi programa de radio!, ¡tengo que tener mi programa! (Susana Paqare, 54 años, comunicadora quechua. Radio Lachiwana, Cochabamba).



Susana Paqare y Soledad Rocha, comunicadoras, Radio Lachiwana, III Cumbre de Comunicación Indígena del Abya Yala (Tiquipaya, Cochabamba, 15 de noviembre, 2016).

La llegada al poder de Evo Morales y la paulatina transformación de la indigeneidad de “lugar de lucha y resistencia” a “lugar de poder” han impactado también en la CI. Durante estos años el traspaso de comunicadores, y en menor medida de comunicadoras indígenas, formados como líderes por los propios medios para ocupar cargos de representación política a nivel regional e incluso nacional se ha convertido en una oportunidad para la promoción social y política tanto a nivel individual como colectivo.

Antes, cuando yo llegué a la radio, ningún indígena había en el poder. En toda esta mi vida hemos ido junto con ellos apoyándoles para entrar: uno, dositos, tresitas y así sucesivamente. Pero ahora si ves en los munic-

pios casi la mayoría [de los representantes políticos] es del campo... Por ejemplo, la actual senadora Adela Cusi ha sido “uno de los nuestros”, digamos. El impulso de la radio cuando era dirigente ha sido digamos, muy importante. Le hemos jalado de la mano para caminar por aquí y entonces así llegó (...) Sí, nosotros como radio hemos dicho “indios al poder”, y ahora están los indios al poder (Yolanda Choque, comunicadora quechua, Radio Pío XII, Pocoata, Potosí).

Ya pues, en todo el país somos como 300 a 500 comunicadores capacitados ¿no?, y algunos están ejerciendo en sus comunidades de dirigentes, algunos son concejales o alcaldes en sus regiones. Otros son autoridades, asambleístas nacionales o departamentales. Y uno se siente contento. Es un reto en lo personal que también se traduce en lo colectivo porque uno no llega pues solita. Nos vamos construyendo desde la comunidad porque en mi vida yo no había soñado ser senadora (Ana Vilacama, comunicadora aymara, CEFREC, Cochabamba).

En este grupo hay cuatro mujeres que han ocupado cargos de representación política a nivel nacional y, en virtud de esa posición, lideran procesos de comunicación propia a nivel internacional mediante su participación en las cumbres continentales de CI, festivales y muestras de cine y vídeo indígenas. Estos espacios políticos, en los que las comunicadoras han ido ganando protagonismo y visibilidad en la última década en América Latina¹⁵, sirven para una multitud de propósitos profundamente estratégicos tanto a nivel individual como colectivo, a saber: ganar capital político para sí mismas y para la organización a la que representan, trazar alianzas y construir una agenda común en el ámbito de la CI con otras organizaciones de mujeres indígenas (por ejemplo, denunciando el machismo y la violencia de género y reivindicando sus derechos como mujeres-líderes-comunicadoras), y facilitar el acceso a fuentes de financiamiento para sus organizaciones.

No obstante, lo más relevante en esta oportunidad, es el uso de estos espacios que hacen las comunicadoras para conocer y apropiarse de un discurso político sobre la CI amalgamado del movimiento indígena a nivel internacional, muy influido por los aportes de los pueblos indígenas de Colombia¹⁶ y las posiciones del feminismo comunitario en Bo-

15. Véase nota 3.

16. Destacan los aportes realizados por los pueblos indígenas de Colombia —especialmente los nasa del Cauca (a través del CRIC, principalmente)—, y los wayúu

livia. Este discurso político se visibiliza por ejemplo en la introducción de una retórica particular —que incluye la “despatriarcalización” y la “descolonización” como objetivos prioritarios— alejándose de tradicionales posiciones de clase social más frecuentes en el resto de las comunicadoras entrevistadas. Y al mismo tiempo repercute en un cierto grado de esencialización del papel de las mujeres como responsables de la continuidad cultural del grupo y la defensa de una ancestralidad y de una cosmovisión panindígenas. A pesar de lo cual, estas comunicadoras no renuncian a denunciar el racismo, la discriminación y la violencia de género estructurales que experimentan como mujeres y comunicadoras.

Reporteras populares. La indigenización de los medios

El segundo grupo está formado por ocho mujeres que se desempeñan como reporteras populares, el sistema de corresponsales voluntarios extendido por las radios de ERBOL desde la década de 1980 en provincias y posteriormente a zonas urbano-marginales, destino de la migración indígena campesina.

Sus edades oscilan entre los 33 y los 64 años y colaboran en dos de las radios estudiadas (Atipiri y Pío XII). Todas menos una son aymaras y viven en El Alto y en La Paz donde migraron hace décadas. Tres de ellas trabajan como empleadas domésticas y cuatro, como comerciantes por cuenta propia, empleos que constituyen su fuente de ingresos principal. La última reside en una comunidad campesina del distrito de Pocoata (Potosí) donde es agricultora y ganadera. Todas utilizan el aymara o el quechua como primera lengua y, aunque son bilingües, algunas se expresan con dificultad en castellano.

La trayectoria de estas mujeres en comunicación es más reciente y breve comparada con las del grupo anterior (entre seis y diez años), y su nivel de formación también es menor: todas tienen estudios de secundaria menos una de ellas —la mayor del grupo— que no terminó los estudios de primaria. En cuanto a su situación familiar tres reporteras son solteras sin hijos y las cinco restantes son madres, de las cuales una es viuda y las otras cuatro, separadas con hijos mayores. Signifi-

de la Guajira colombo-venezolana, en la construcción de una agenda y un discurso que es utilizado a nivel continental sobre CI.



Pilar Rueda, reportera popular, Radio Siglo XX, emisora de Pocoata (Pocoata, Potosí, 9 de febrero, 2018).

cativamente, las cinco madres comparten experiencias de violencia de género relacionadas con su deseo de dedicarse a la comunicación, deseo que han podido cumplir una vez “liberadas” de la pareja y de la crianza:

Ya no estamos con mi esposo. Se ha ido porque yo me he enfermado fatal, me he fracturado mi columna y ha sabido irse, en el momento que he necesitado harto a mi esposo se ha ido, me ha abandonado. Y yo, así como un perrito amarrado de su sogá cuando lo sueltas se va de aquí de allá y por lo menos corretea feliz, así me siento yo hermana. De ahí me he sanado, de ahí he pensado yo misma a venir a buscar este radio porque más antes era prohibido todo, con mi marido, qué a qué estas yendo, qué para qué te vistes así, para qué te peines tu trenza, que tú eres una tonta, tú eres este... qué cosa, que vos no sabes nada, así. ¡Ay no!, así nomás, ¿pero qué voy a hacer? También mis hijos tengo, estoy criando, cocinar en la casa nomás, pero cuando ya son grandes, cuando mi esposo se ha ido, en radio estoy escuchando que hay talleres, hay seminarios ¿qué será seminario? (Teodosia Ramos).

Su llegada al medio se produce como respuesta individual a la convocatoria de un curso de formación que escuchan en la radio, o como mandato comunal. Vale la pena recordar que desde la perspectiva de

los medios el empleo de reporteros —varones y mujeres— les permite abarcar una cobertura de noticias mayor sin necesidad de contratar personal, ampliar audiencias y contar con una red de promotores de desarrollo para sus proyectos en lugares lejanos. Mientras que, desde la perspectiva comunitaria, el reportero popular, al igual que otros cargos indígenas tradicionalmente desempeñados por varones, ejerce de intermediario y vocero de los intereses de la comunidad a través de la moderna plataforma que proporcionan los medios y las nuevas tecnologías de comunicación en la actualidad.

A ese lugar propongo llevar por último la reflexión sobre el sentido político de la CI que practican estas mujeres: como líderes e intermediarias entre la comunidad a la que representan y las autoridades supracomunales, las reporteras tienen la obligación de caminar el territorio visitando las casas de sus vecinos e informándose de sus demandas para darlos a conocer “hacia afuera” (a nivel supracomunal) y reclamar el cumplimiento de sus derechos a través del medio. Y simultáneamente “hacia adentro”: promoviendo la participación local en la lucha por derechos colectivos, poniendo en valor todo aquello que les distingue como comunidad (celebraciones, ratificación de autoridades, costumbres), e informando en su doble faceta de intérpretes-traductores culturales de lo que sucede.

Cuando yo quiero despachar noticias de aquí, de Pocoata, tengo que llamar y decir que es lo que está pasando. Por ejemplo aquí en Pocoata está granizando, cómo afecta a las chacras ¿no es cierto? Desastres naturales pasan ¿no ve? Y la gente vive aquí de la agricultura y si su chacra está dañado, ¿de qué va a vivir? Entonces eso tiene que conocer el gobierno municipal, qué es lo que está pasando y dónde se va a necesitar ayuda ¿no?, porque si no vamos a reportar ¿quién va a saber?, nadies... Por ejemplo, los derechos de una mujer, todas tenemos derechos: a libre expresión, al trabajo libre, al estudio libre, a todo ¿no es cierto? Tenemos derecho, pero si no vamos a hacer conocer nuestros derechos. Eso hay que fomentarle a esas mujeres, a esas señoras, ellas tienen que aprender. Sí, tengo derecho, tenemos derecho a trabajar, tenemos derecho a conocer, a contar dinero. Eso no podemos callar porque si no ¿para qué ser reportera?, para defender sus derechos de una mujer, del hombre, del niño, del mayor ¿no ve? (Pilar Rueda, reportera popular quechua, Radio Pío XII, Pocoata).

Las reporteras populares son también líderes en tanto que ejercen un cargo de representación política, pero, a diferencia de las comuni-

adoras profesionales, su ámbito de acción es comunitario y local y está sometido a las mismas reglas de reciprocidad que articulan cualquier otra forma de organización social y política andina analizadas en otras ocasiones (Pérez Galán, 2004). Al igual que otros cargos indígenas ser reportero no comporta remuneración económica ni por parte del medio ni por parte de la comunidad, sino estatus y reconocimiento social (respeto) a cambio de cumplir con un conjunto de obligaciones. Esa relación de reciprocidad comienza con una presentación formal a las autoridades comunales mediante invitaciones rituales a comida y bebida (cariño)¹⁷:

Ese es la *vergüenza* porque yo, por ejemplo, en mi zona, aquí donde vivo en Achocalla, tengo que presentarme. Si nos queremos presentar por lo menos un refresquito, no sé, algo tenemos que poner de nosotros, nuestro cariño. Si no hay cariño, será así vacío, pero los que tenemos cariño, aunque sea un poquito de fiambre, refresquito tenemos que poner. No queremos ser boca vacío porque ese es el costumbre ¿no ve? Yo tengo educación de mi papá, el respeto, eso, siempre está en nosotros. Yo tengo que cocinar, aunque sea un poco, pero con cariño tengo que presentarme. Y eso me falta. Ahora voy a viajar a mi pueblo. Ahí están mi familia, mi padre y los vecinos ¿no? Porque soy de provincia ¿no? Entonces tengo que llegar y mi familia va a saber y también las autoridades tienen que saber. Como soy reportera tengo que contactarme con las autoridades, sí o sí yo tengo que invitar un poco siquiera (Blanca Huanca, reportera popular aymara, Radio Atipiri).

Además es preciso cumplir una serie de requisitos, a saber: ser mayor de edad, *ñawiyoc*¹⁸, y ser considerado una persona “respetable”. El cargo se ejerce de modo vitalicio y posee un equipo distintivo de alto valor simbólico, en este caso compuesto por: chaleco de prensa, credencial y grabadora o celular. La mayoría de estos distintivos son proporcionados por el medio, pero otros, los de mayor valor econó-

-
17. Esta sanción ritual es necesaria tanto en el caso de las reporteras que residen en sus comunidades como las migrantes a las ciudades que no han sido previamente nombradas por las autoridades comunales.
 18. Voz quechua “tener ojos”. Se refiere a las personas que saben leer y escribir, y son bilingües. Tradicionalmente los reporteros informaban de las noticias de su comunidad al medio por escrito, enviando las noticias a través del correo. En los últimos años con la extensión de la tecnología celular los envíos de noticias al medio se realizan mayoritariamente mediante audios lo que ha servido para relajar este criterio.

mico, deben ser adquiridos por las reporteras, caso del celular o la grabadora, hoy día indispensables para hacer su trabajo.

El gasto que genera el ejercicio de este cargo, con invitaciones rituales a comida y bebida, manutención, el pago de pasajes y la compra de una parte del equipo son algunos de los retos comunes a los que se enfrentan tanto varones como mujeres. No obstante, sus efectos son distintos. Para ellas, esta carga onerosa en tiempo y dinero se suma a otras tareas productivas que constituyen su fuente principal de ingresos —venta ambulante, servicio doméstico, agricultura y ganadería—, además del cuidado de los hijos y del hogar habitualmente infravaloradas, pero totalmente necesarias para el mantenimiento de la unidad doméstica. La presión social para que “no pierdan el tiempo”, incluso cuando se trata del tiempo libre, en tareas no productivas es mucho mayor que en el caso de los varones.

Para ser reportera popular hay que tener tiempo, tiempo, y necesitas siempre plata. Digamos, para caminar, para la movilidad, todo eso. Hasta a mí me dicen mis *cullacas* [hermana mayor]: “Vos en vano te has capacitado. Ni quisiera ganas un buen sueldo... Estás perdiendo tu tiempo. ¡Anda ve y al menos haz negocio!”. Así me dicen (Cristina Ibáñez, reportera popular, Radio Atipiri, El Alto).

Para ellas el triple rol (productivo, reproductivo y de representación) que a menudo supone el ejercicio de la CI se traducen en mayores dificultades de acceso a la formación. Pero también en otras formas de exclusión que eventualmente se reproducen a nivel intraétnico y dentro del propio grupo de mujeres. Entre otras destacan las exclusiones que refieren las reporteras derivadas de su menor nivel formación en comunicación —que se restringe mayoritariamente a la recibida en el medio— y de las dificultades en el manejo del castellano. Desde esa perspectiva se entiende mejor el alto valor simbólico que estas mujeres otorgan al equipo (especialmente la credencial y el chaleco), a diferencia de los reporteros: no sólo les facilita su acceso a los lugares y a las personas para realizar sus entrevistas, sino que también les diferencia y legitima frente a las comunicadoras profesionales, indígenas o no indígenas:

Yo en mi mente digo cualquier periodista sería libre de entrar a hacer entrevistar a una autoridad, pero por algo nosotros tenemos credencial y un chaleco, porque así nomás quizás la gente puede decir: “¿Qué derecho

tiene a preguntarnos?, aquí nos está viniendo a fregar”, nos pueden decir. Pero si este chaleco o esa credencial llevas entonces más derecho tienes a donde entrar ¿no ve hermana?, ¿acaso en otros medios a las periodistas le dicen que tu jefe tiene que venir a dar orden para entrar a la alcaldía?” (Teodosia Ramos, reportera popular aymara, Radio Atipiri).

Las circunstancias personales, la *indigenización* del cargo y el contexto de relaciones de poder (intra e interétnicas, género, y clase social) que atraviesan el ejercicio de la CI revierten en el lugar central que las reporteras otorgan al reconocimiento social-familiar y al empoderamiento individual que consiguen a través de ésta y que las distingue grupalmente:

Sí, a mí me dicen mis hermanos: “No te hemos creído”. Si pues, ustedes han tenido la oportunidad, pero yo no he tenido, pero ahora sí. Aparte de mis hermanos, mi hija me dice: “Felicidades mami: ¿cómo has podido llegar ahí, no? en todo se te ha truncado la vida pero vos sola has podido”. ¡Cuánto quisiera ser joven para ir a la universidad y estudiar comunicación! Pero mira, mi sueño ahora se ha cumplido. Estoy bien satisfecha. Me gusta también conducir un programa ¿no? y los vecinos, no solo mis familiares sino también los vecinos más que todo nos miraban, nos discriminaban y ahora me saludan con respeto: “¡Pero bueno!” dicen, “ella es la periodista”. Más que todo, he recibido el respeto, el respeto en mi zona, como también en mi familia, en todo (Elena Miranda, reportera popular, Radio Atipiri, El Alto).

Del mismo modo que en el caso de las comunicadoras profesionales, ese capital social se enriquece con la formación que reciben en el medio, con el aprendizaje y la puesta en valor de su identidad étnica y de sus derechos como mujeres. No obstante, a diferencia de ellas y de sus compañeros varones en los medios estudiados no se detecta un traspaso de reporteras populares para ejercer cargos políticos de representación a nivel nacional e internacional. Su radio de influencia en términos de liderazgo se limita, al menos por el momento, al ámbito comunitario.

CONCLUSIONES

En este texto he abordado las desigualdades entrecruzadas que experimentan las comunicadoras indígenas por razón de género, clase so-

cial, etnicidad, procedencia y formación y cuáles son sus efectos en la forma en cómo practican y conciben la CI. El análisis de los relatos de dieciocho mujeres, comunicadoras profesionales y reporteras populares, que desempeñan su trabajo en un conjunto de medios indígenas ubicados en zonas urbanas y rurales de Bolivia, permite constatar la diversidad y la heterogeneidad que caracteriza a ese colectivo y los obstáculos que enfrentan.

Para todas, ser comunicadoras y ejercer el liderazgo a distintos niveles implica enfrentarse a dificultades específicas que limitan su acceso a la formación empírica que facilitan los medios y al propio ejercicio de la comunicación, asumiendo costes más elevados que sus compañeros comunicadores (indígenas y no indígenas). El alto grado de precariedad económica en el que desempeñan su trabajo y la necesidad de sumar otras tareas “productivas” para contribuir al mantenimiento de la unidad doméstica, la conciliación con otras tareas de cuidado, la discriminación, el racismo y la violencia de género que experimentan al romper los roles social y culturalmente asignados y exponerse públicamente, son solo algunos de los muchos obstáculos que emergen frecuentemente en sus relatos. No obstante, sus experiencias en este campo son complejas y trascienden el imaginario que representa a las mujeres indígenas como rurales-pobres-analfabetas-subordinadas y víctimas del patriarcado, o como transmisoras naturales de pretendidas esencias culturales e iconos del nuevo feminismo indígena. En su lugar, reflejan una permanente tensión entre lo individual y lo colectivo, entre las desigualdades estructurales y la agencia, entre la singularidad de las propias dinámicas culturales y la coyuntura política, en las que es necesario situar cualquier análisis de la CI.

Respecto a la pregunta de los aportes de la CI a estas mujeres en primer lugar se constata su contribución al cuestionamiento de los roles tradicionales de género. En algunos casos, ello las ha llevado a negociar y reconstituir sus relaciones familiares y de pareja como requisito necesario para conciliar su rol de comunicadoras-trabajadoras, madres-hermanas-esposas y líderes, y avanzar en una mayor equidad de género en situaciones no exentas de conflicto personal. Mientras que otras, han optado por practicar la comunicación a pesar de la negativa de sus parejas y de su entorno social transitando por situaciones de abandono, maltrato, violencia física y simbólica y discriminación. Desde esa perspectiva, la CI sobre todo contribuye a elevar la autoes-

tima personal y a fortalecer su proceso de empoderamiento individual a través del reconocimiento social que reciben estas mujeres.

En segundo lugar, la CI estimula el nivel de autoconsciencia y de pertenencia colectiva. A través de la formación empírica en comunicación-liderazgo que obtienen en los medios y de su propia trayectoria individual como representantes en organizaciones comunales y supra-comunales, su vinculación a los medios incrementa su agenciamiento social y político para la defensa de derechos colectivos. Tal y como lo expresan, los medios les habrían permitido: “tener voz”, “democratizar la palabra”, “visibilizar nuestras luchas”, “fortalecer nuestra identidad como pueblos originarios”, “defender el territorio”, “conocer y hacer conocer nuestros derechos como mujeres”.

En tercer lugar, la CI promueve la emergencia de mujeres líderes a distintos niveles. Las distintas formas de ejercer el liderazgo están condicionadas al menos por tres factores: por las discriminaciones múltiples que experimentan (derivadas de su condición de mujeres, cholas, indígenas y también del nivel de formación); el tipo de vinculación contractual con el medio; y su trayectoria personal en organizaciones que amparan los medios indígenas en Bolivia y que facilitan su acceso a otros espacios de participación y activismo político a nivel nacional e internacional.

Respecto a cuáles son los aportes de estas mujeres a la CI, los ejemplos traídos a colación sugieren diferentes formas de concebir y practicar la comunicación con un denominador común: la CI como lugar de experimentación social y cultural para la acción política, que contribuye en primer lugar a la democratización de la palabra haciendo uso de ella desde abajo (desde su posición subordinada como mujeres, cholas, campesinas, indígenas) y desde adentro (desde sus prácticas cotidianas). Desde esa posición las comunicadoras construyen formas de autorrepresentación distintas a las hegemónicas —masculinas—. Esas narrativas expresan el sentido indígena de lo político que opera simultáneamente hacia afuera (en el objetivo de denunciar sus luchas y conseguir objetivos para sí y para el grupo), y hacia adentro (construyendo y proyectando sentido de pertenencia colectiva), conjugando lo local y lo global, lo propio y lo apropiado. Esto se visibiliza en la elección de los temas y en un enfoque singular de la comunicación. Este enfoque integral se extiende al grupo y al territorio. En palabras de Olimpia Y. Palmar, integrante de la Red de

Comunicación wayúu Putchimaajana y activista por los derechos de las mujeres indígenas: “Nosotras vemos la comunicación como un tejido de vida que va entrelazando distintos procesos: el de la educación, la construcción de ciudadanía, la defensa del territorio, el fortalecimiento de la cultura. Por eso nosotras decimos que comunicamos para la vida”.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBÓ, Xavier (1974): “Idiomas, escuelas y radios en Bolivia”. *Cuadernos de Investigación*, n° 3. La Paz: 92-133.
- ASENSIO, Raúl H./TRIVELLI, Carolina (eds.) (2014): *La revolución silenciosa. Mujeres rurales jóvenes y sistemas de género en América Latina*. Lima: IEP/FIDA.
- BELTRÁN, L. Ramiro (2010): “Prólogo”, en Gumucio-Dragon y Herrera-Miller, (coords.), *Políticas y Legislación para la radio local en América Latina*. La Paz: Plural Editores, pp. 11-18.
- CANESSA, Andrew (2012): “Soñando con los padres. Fausto Reinaga y el masculinismo indígena”, en Aída Hernández y Andrew Canessa (eds.), *Género, complementariedades y exclusiones en Mesoamérica y los Andes*. Quito: Abya Yala, pp. 99-116.
- CLACPI et al. (2020): *La situación del derecho a la comunicación con énfasis en las y los comunicadores indígenas y afrodescendientes de América Latina*. San Cristóbal de Las Casas: CLACPI/PVIFS/alterNativa/Cesmeca-Unicach/Cooperativa Editorial Retos/Clacso (Colección Conocimientos y Prácticas Políticas, tomo VI).
- ESPASANDÍN, Jesús/IGLESIAS, Pablo (coords.) (2007): *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*. Madrid: El Viejo Topo.
- GINSBURG, Faye (2002): “Screen Memories: Resignifying the Traditional in Indigenous media”, en F. Ginsburg, L. Abu-Lughod y B. Larkin (eds.), *Media Worlds. Anthropology on New Terrain*. Berkeley: University of California Press, pp. 39-57.
- GONZÁLEZ PAZOS, Jesús (2019): *Medios de comunicación. ¿Al servicio de quién?* Barcelona: Icaria.
- HERNÁNDEZ CASTILLO, R. Aída (2010): *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 35, 3: 439-445.
- HERNÁNDEZ CASTILLO, R. Aída/CANESSA, Andrew (2012): “Identidades indígenas y relaciones de género en Mesoamérica y la Región

- Andina”, en Aída Hernández y Andrew Canessa (eds.), *Género, complementariedades y exclusiones en Mesoamérica y los Andes*. Quito: Abya Yala, pp. 10-42.
- MAGALLANES, Claudia/RAMOS, José M. (coords.) (2016): “Introducción”, en *Miradas propias. Pueblos indígenas, comunicación y medios en la sociedad global*. Puebla/Quito: Universidad Iberoamericana de Pueblo/Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina, pp. 11-16.
- MORA, Pablo (2015): “Lo propio y lo ajeno”, en Pablo Mora (eds.), *Poéticas de la resistencia. El video indígena en Colombia*. Bogotá: Cinemateca, pp. 15-45.
- OLIART, Patricia (2012): “Las organizaciones de mujeres indígenas en Perú y los discursos de los derechos indígenas y la equidad de género”, en Aída Hernández y Andrew Canessa (eds.), *Género, complementariedades y exclusiones en Mesoamérica y los Andes*. Quito: Abya Yala, pp. 117-145.
- OROBITG, Gemma (2020): “La comunicación indígena, una práctica descolonizadora y para impulsar las lenguas indígenas”, Proyecto MEDIOS INDÍGENAS, 26 de agosto de 2019, <<http://mediosindigenas.ub.edu/2019/08/26/2844/>> (acceso 29 de abril de 2020).
- PÉREZ GALÁN, Beatriz (2004): *Somos como incas. Autoridades tradicionales en los Andes Peruanos*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- PÉREZ GALÁN, Beatriz/PRIETO, Yolanda (2019): *La comunicación indígena. Un derecho en construcción*. Madrid: UNED. (Serie documental de tres episodios: 29’, 2018-2019, <<https://vimeo.com/user99091090>> (acceso 29 de abril de 2020).
- SALAZAR, Juan F. (2002): “Activismo indígena en América Latina: estrategias para una construcción cultural de las tecnologías de información y comunicación”. JILAS, 8.2: 61-80.
- (2016): “Contar para ser contados: el video indígena como práctica ciudadana” en Claudia Magallanes y José M. Ramos (eds.), *Miradas propias. Pueblos indígenas, comunicación y medios en la sociedad global*. Puebla/Quito: Universidad Iberoamericana de Pueblo/Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina, pp. 91-110.
- SCHIWY, Freya (2016): “¿Hay un común posible?”, Claudia Magallanes y José M. Ramos (eds.), *Miradas propias. Pueblos indígenas, comunicación y medios en la sociedad global*. Puebla/Quito: Universidad Iberoamericana de Pueblo/Centro Internacional

de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina, pp. 17-44.

SUDARIO, Rosa E. (2013): *Derecho a la comunicación. Realidad y desafíos en América Latina. Pueblos indígenas y políticas públicas de radiodifusión*. Lima: SERVINDI.

ZAMORANO, Graciela (2017): *Indigenous Media and Political Imaginaries in Contemporary Bolivia*. Lincoln: University of Nebraska Press.